

niones como las de París Eguilaz; una autarquía que sólo en parte era consecuencia lógica del giro proteccionista e intervencionista de la política económica española iniciado a finales del siglo pasado; que sólo en parte vino obligada por el comportamiento de otros países hacia el régimen franquista y que, también sólo en parte, respondió a una ideología fascista. Pero hubo «ideal autárquico», con componentes ideológicos variados, en el que se mezcló el ansia industrializadora basada en la fe en no se sabe qué potencialidades no aprovechadas anteriormente, con la voluntad de independencia de un entorno «torvo» y conspirador y de un nacionalismo corporativo subsumidor de antagonismos, presuntamente solidario y disciplinado.

Tras la derrota del Eje, el componente más ideológicamente fascistizante de este ideal fue abandonado en favor de la sustitución de importaciones, que subsistió hasta finales de la década de los cincuenta, cuando el Plan de estabilización comenzó a abrir las compuertas de la economía nacional. El desfase entre las instituciones económicas cambiantes y las instituciones políticas y socio-laborales que persistían tuvo traducción institucional en enfrentamientos entre elementos de diferentes ministerios. El Memorándum de noviembre de 1947, en el que se mostraba de manera transparente que la contribución de España a la reconstrucción económica europea impulsada por el plan Marshall era esencial porque estaba garantizada la «paz social» —España era un «oasis de equilibrio, orden e incluso de abundancia», en palabras de Gómez Aparicio—, así como los argumentos esgrimidos por Martín Artajo, emba-

jador en Estados Unidos, son documentos preciosos para reconstruir no ya las relaciones exteriores del franquismo sino el propio franquismo. Tan relevantes como pueda serlo el largo texto, ampliamente comentado por Viñas, que Carrero Blanco dirige a Castiella ya en 1961. Si aquellas palabras no hubieran salido de un personaje tan crucial para la historia del franquismo, posiblemente no causaría tanto impacto leerlo hoy. Que los intereses amparados y potenciados por una política autárquica defendieran el aislamiento español resulta comprensible; pero que pudiera darse aún una justificación ideológica de tal magnitud revela hasta qué punto el franquismo fue un régimen sólo en parte análogo a los fascismos europeos, puesto que el peso de tradiciones reaccionarias lo incapacitaba incluso para asumir principios de racionalización económica capitalista. En aquella comunicación privada, Carrero Blanco explicaba que para las tres internacionales que pretendían dominar el mundo y ejercer un «totalitarismo universal» —la internacional socialista, la comunista y la masónica—, la situación más favorable era la existencia de regímenes democráticos, en los que la existencia de partidos políticos y de «libertinajes» en los órganos de expresión favorecía su dominación. De ahí que cuando un país no encajaba dentro de la fórmula por ellas requerida se le tildara de totalitario. «Es cierto que los tres totalitarismos (comunismo, socialismo y masonería) tienen objetivos finales distintos, pero los tres, que son en lo espiritual ateos y en lo político pretenden dominar el mundo, tienen el objetivo común de hacer desaparecer los regímenes que, como el nuestro (católico, antisocialista, anticomunista, anticapitalista y rabiosamente independiente), son impermeables a su acción de dominio.» Esto, en 1961. Salvando reacciones inmediatas, piénsese en la definición que en el último paréntesis otorgaba al régimen vigente: esencialmente negativa.

munista, anticapitalista y rabiosamente independiente), son impermeables a su acción de dominio.» Esto, en 1961. Salvando reacciones inmediatas, piénsese en la definición que en el último paréntesis otorgaba al régimen vigente: esencialmente negativa.

¿OTRA GUERRA CON MARRUECOS?

Enrique Gomáriz

Domingo del Pino
La última guerra con Marruecos: Ceuta y Melilla
Ed. Argos Vergara
Barcelona, 1983.

El primer efecto que ha tenido en la prensa española el anuncio de la unión libio-marroquí ha consistido en un repaso rápido a las declaraciones del monarca alauita Hassan II sobre Ceuta y Melilla. No menos impactante ha sido esa imagen de televisión comparando los efectivos militares de Libia y Marruecos, por un lado, y España por el otro. De esta forma tan inquietante ha crecido la actualidad del libro de Domingo del Pino, corresponsal en Rabat del diario *El País*, cuyo título no provoca precisamente tranquilidad.

¿Y qué decir de las reacciones políticas? En general la clase política apenas ha levantado la voz. Las declaraciones del Presidente del Gobierno fueron el clásico «aquí no pasa nada», por cierto arropa-

das con el comentario de televisión de que la actitud del Presidente recordaba aquellos de que «el mejor desprecio es no hacer aprecio», a pesar de que —seguía televisión— la situación es apreciablemente más alarmante.

En cuanto al estamento militar, las únicas observaciones se han hecho con sordina y todas están encaminadas al deseo de dotarse de más material de guerra que pueda cubrir el flanco sur.

Y, finalmente, tiene interés comentar que este ambiente fue el precedente inmediato de la reunión de la Coordinadora Estatal de Organizaciones Pacifistas, que tuvo lugar los días 8 y 9 de septiembre en Madrid, para discutir la campaña que seguirá la convocatoria del referéndum sobre la permanencia de España en la OTAN. Los pacifistas también supieron lo que era este tema: una patata caliente entre las manos. Sin embargo, no podían evitarlo, ¿qué pacifismo sería el que se preocupa por la pertenencia de España a la OTAN y no por el peligro de conflicto armado más inmediatamente real que tiene el país? Al final resolvieron lo único que permitía el consenso: hacer que este tema se pase a discusión de los colectivos para que luego la Coordinadora pueda pronunciarse.

Así las cosas, la primera observación que se me ocurre es bastante simple: el texto de Domingo del Pino es muy recomendable para periodistas, políticos, militares y pacifistas. Y ello por una razón: está construido no sólo como publicación de actualidad, sino también como manual. En *La última guerra con Marruecos: Ceuta y Melilla*, además de encontrar una crónica —demasiado prolija, a mi juicio—

de la situación última, puede leerse un banco de datos y una referencia histórica que hacen del texto una publicación de consulta.

El primer aspecto positivo del trabajo de Del Pino es el cuidado con el que, al lado de una exposición objetiva del estado por el que han ido pasando Ceuta, Melilla y los peñones, en el que parece que el autor no tiene parte en el asunto, ha colocado una reflexión sobre cómo desarrollar una política realista desde el Estado español, del cual es ciudadano y ciudadano comprometido.

Y desde esta calidad es como expone la tesis que atraviesa todo el texto: «...el problema de estas dos ciudades estará siempre presente y reaparecerá en cada momento de confrontación o de negociación entre España y Marruecos, como reivindicación latente, como elemento de presión permanente, por silenciar el cual en cada ocasión será necesario pagar un precio. De todas maneras, y puesto que no se trata para los marroquíes de una exigencia circunstancial o coyuntural sino estratégica, Marruecos la planteará en cuanto foro internacional o regional participe» (pág. 75).

Es decir, si queremos —unos y otros— mirar para otro lado, podemos hacerlo, pero al menos que sepamos a qué atenernos: para Marruecos no es una reivindicación ocasional sino estratégica, que sólo se satisfará cuando las plazas pasen a su soberanía, y su postergación o silencio tiene un precio que se hace efectivo en cada negociación que España tenga que hacer con Marruecos.

Los ciudadanos españoles —y muy especialmente los de Ceuta, Melilla y los peño-

nes— deben de tener clara cuál es la perspectiva: o bien se está dispuesto a pagar siempre un elevado precio (que los hombres de la pesca conocen bien, por poner un ejemplo) o hay que negociar el tema de una vez con Marruecos. Pero esta elección no puede hacerse sin tener en cuenta la totalidad de la perspectiva, porque esa elección parte de un supuesto: que exista normalidad en las relaciones hispano-marroquíes y en la situación interna de Marruecos. Ahora bien, no existe ningún juicio sensato sobre el asunto que excluya la posibilidad de que en cualquier coyuntura inestable —que no faltan— tenga lugar sobre las posesiones españolas una —nada nueva— *marcha verde*. Y digo *marcha verde* por ilustrar con un ejemplo —completamente exitoso— una ofensiva cívico-militar sobre Ceuta, Melilla y cualquiera de los peñones.

Y ante esa perspectiva global, ¿merece la pena seguir pagando el precio? Un precio que para la izquierda española tiene su propina obligada: hay que ponerle sordina a las justificadas críticas que merece el régimen de Hassan II en beneficio de la antedicha estabilidad. Y no caben justificaciones diluyentes del tipo de que no sólo por Ceuta y Melilla, sino por el conjunto de las relaciones con Marruecos, hay que proteger su estabilidad. Porque contenciosos los tenemos con todos los países vecinos y no tenemos la misma actitud exquisita ni nos mordemos la lengua (desde Francia hasta Argelia, pasando por Portugal). El *quid* de nuestro cuidado con Marruecos acaba —por un camino u otro— encontrando la misma causa profunda: Ceuta y Melilla. Y, por tanto, la pregunta sigue siendo válida: ¿merece la pena pagar el precio?

En el caso de que la respuesta sea afirmativa no puedo por menos que coincidir con Domingo del Pino: bien, pues entonces que todos los ciudadanos lo sepan, que el pago del precio no sea algo que queda en los despachos de los funcionarios o las tertulias de los expertos. Que los ciudadanos sepan que para mantener Ceuta y Melilla hay que pagar un precio mucho más alto de lo que parece a primera vista.

Pero si la respuesta es negativa hay que tener en cuenta también que con ella no se resuelve el problema. En cierto sentido, más bien comienza otro tipo de dificultades. Esa es otra de las virtudes del trabajo de Domingo del Pino. Que siendo partidario de una política realista rechaza dos tentaciones muy frecuentes: el entreguismo y la creencia de que una vez hecha esta segunda opción todo será un camino de rosas. Su texto hace un abundante recuento de estos dos tipos de tentaciones y cómo sortearlas. Para el autor la negociación con Marruecos debería hacerse con el origen y los plazos que conviniera a España y siempre con la vista puesta en los derechos de las poblaciones españolas en esos lugares, que, como dice Del Pino, tampoco tienen la culpa de la indecisión política por generaciones y generaciones.

Por otra parte, las dificultades para llevar adelante esa opción dentro de España no son precisamente letra pequeña. Por poner un ejemplo, hay que tener en cuenta que sería necesaria una reforma constitucional, puesto que la actual Constitución concede el rango de provincias españolas a aquellas plazas, con las consecuencias (de representación parlamentaria, etc.) que de ello se derivan. Otro aspec-

to central se refiere —como todo el mundo sabe— a la cuestión militar. Por razones históricas, Ceuta y Melilla son —más que Ifni o Sahara— como una especie de blasón de los sectores militares más anclados en la tradición imperial. No por casualidad Del Pino abre las páginas de su libro con una cita de Ortega y Gasset: «Marruecos hizo del alma dispersa de nuestro ejército un puño cerrado moralmente dispuesto al ataque. Desarticulado de las demás clases nacionales, sin respeto hacia ellas ni sentir su presión refrenadora, vive el ejército en perpetua inquietud, queriendo gastar la espiritual pólvora acumulada y sin hallar empresa con gana en que hacerlo» (*La España Invertebrada*, 1922).

Bueno, no hay duda de que diez años después encontró una empresa en qué gastar la pólvora acumulada, pero incluso entonces lo hizo manteniendo siempre el sello africanista de origen. Hoy, cuando las Fuerzas Armadas han iniciado su definitiva modernización en términos constitucionales, la cuestión de Ceuta y Melilla no puede excluirse de este camino de sensatez. Y su estudio debe dejar de ser un tema visceral. A menos que se adopte la política del avestruz y un día nos encontremos con unos militares frustrados por la pérdida precipitada de las plazas. Ahora bien, Domingo del Pino sugiere un *quien* para ponerle el cascabel al gato, ya que las fuerzas políticas —incluidas las de izquierda— siguen empeñadas en disimular. Una fórmula puede ser algún *Comité de estudios hispano-marroquíes*, compuesto por académicos, profesionales, expertos en el tema, aunque otra podría ser alguna suerte de *Comisión mixta para asuntos*

varios que se creara con objeto de hacer estudios sobre las relaciones entre España y Marruecos a más largo plazo, dentro de los respectivos Ministerios de Asuntos Exteriores.

En cualquier caso, la última afirmación de Domingo del Pino le excluye de los que parece no advertir la perspectiva histórica: «La paz o la guerra con Marruecos dependen enormemente de la capacidad de la actual generación de españoles y marroquíes de acomodarse con el siglo en que viven».

EL INFORME KISSINGER Y AMERICA CENTRAL

Luis F. Valero Iglesias

*Informe de la Comisión
Presidencial Bipartita
de los Estados Unidos sobre
Centroamérica.*
Ed. Planeta. Barcelona, 1984.

El 19 de julio de 1983 Ronald Reagan firmó la Orden Presidencial de lo que oficialmente se denominó «Comisión Nacional Bipartita para Centroamérica». Los objetivos de la Comisión eran «estudiar la naturaleza de los intereses de los Estados Unidos en la región centroamericana y las amenazas que ahora se presentan a esos intereses». Asimismo, «la Comisión aconsejará al Presidente, al Secretario de Estado y al Congreso sobre una política a largo plazo que responda, lo mejor posible, al desafío del desarrollo social, económico y democrá-